

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 102

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

56. LA MUERTE DE JUAN EL BAPTISTA – MT. 14:1-12; MR. 6:14-29; LC. 9:7-9.

Las noticias del ministerio de Jesús llegaron a Herodes el tetrarca. Este infame hijo de Herodes el Grande era también conocido como Herodes Antipas. Fue él quien había ordenado la decapitación de Juan el Bautista. Cuando oyó acerca de los milagros de Cristo, su conciencia comenzó a agitarle. El recuerdo del profeta a quien había hecho decapitar le acosaba constantemente. Les dijo a sus criados: *“Este es Juan el bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes”* (Mt. 14:2).

Otros decían que era Elías o uno de los profetas, pero Herodes estaba convencido de que el hombre al que él había decapitado había resucitado. Juan el Bautista había sido una voz de parte de Dios. Herodes había silenciado aquella voz. Ahora, unos terribles remordimientos de conciencia acosaban a Herodes por lo que había hecho. Iba a aprender que el camino de los transgresores es duro

En los versículos de Mateo 14:3-12 tenemos lo que se conoce como una regresión literaria. Mateo interrumpe la narración para informar de las circunstancias que rodearon la muerte de Juan.

Herodes había dejado a su mujer y vivía en una relación adúltera e incestuosa con Herodías, mujer de su hermano Felipe. Como profeta de Dios, Juan no podía dejar pasar esto sin reprensión. Indignado y sin temor, señaló con el dedo a Herodes y lo denunció por su inmoralidad. Por lo cual Herodes quería matarlo, según el relato de Mateo, pero no le convenía políticamente ya que el pueblo aclamaba a Juan como profeta, y habría reaccionado, quizá con violencia, ante la ejecución de Juan. De modo que momentáneamente el tirano mandó encarcelar a Juan.

El relato de Marcos nos dice que, debido a la reprensión abierta de Juan, Herodías le acechaba, y deseaba matarle, y no podía (Mr. 6:19); y nos da la razón por la que no podía matarlo: *“porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana”* (Mr. 6:20).

Finalmente, *“venido un día oportuno, en que Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los principales de Galilea, entrando la hija de Herodías, danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa; y el rey dijo a la muchacha: Pídemelo que quieras, y yo te lo daré. Y le juró: Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino”* (Mr. 6:21-23).

La joven, fue a su madre y le preguntó: *“¿Qué pediré?”* Y su madre le dijo: *“La cabeza de Juan el Bautista.”* Impulsada por su licenciada madre, pidió descaradamente la cabeza del profeta con estas palabras: *“Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista”* (Mr. 6:25).

Para este entonces Herodes admiraba al profeta por su valor e integridad. Pero, aunque lo lamentó, decidió que tenía que cumplir su promesa, y dio entonces la orden de decapitar a Juan, dando satisfacción así a la horripilante petición de la joven.

Los discípulos de Juan dieron respetuosa sepultura al cuerpo de su maestro, y luego fueron a comunicárselo a Jesús. No podrían haber ido a nadie mejor para derramar su dolor e indignación. Ni podrían habernos dejado un mejor ejemplo. En tiempos de persecución, opresión, sufrimiento y dolor, nosotros deberíamos también ir y comunicárselo a Jesús.

En cuanto a Herodes, su crimen quedó consumado, pero el recuerdo persistía. Cuando oyó sobre las actividades de Jesús, todo aquel episodio revivió obsesionándolo.

De esta historia que el Espíritu Santo nos presenta en la Biblia podemos aprender lo siguiente:

1. El gran poder de la conciencia.

Cuando el rey Herodes oye hablar de "la fama de Jesús" dijo a sus criados que era Juan quien había resucitado de los muertos. Recordó sus propios tratos perversos con ese hombre santo, y su corazón desfalleció. Su corazón le decía que había despreciado su consejo piadoso y había cometido un asesinato vil y abominable. Y su corazón le decía que, aunque había matado a Juan, aún habría un día de ajuste de cuentas. Bien dijo un predicador: "Un hombre malvado no necesita otro atormentador, especialmente por pecados de sangre, que su propio corazón".

Todos los hombres tienen conciencia por naturaleza. Caídos, perdidos, desesperadamente malvados como todos nacemos en el mundo, Dios se ha encargado de dejarnos un testigo en el corazón. Es un pobre guía ciego, sin el Espíritu Santo. No puede salvar a nadie. No conduce a nadie a Cristo. Puede ser cauterizada y pisoteada. Pero existe la conciencia en cada persona, acusándola o excusándola; y tanto la Escritura como la experiencia lo declaran (Ro. 2:15). La conciencia puede hacer miserables incluso a los reyes cuando han rechazado voluntariamente su consejo. Puede llenar de temor y temblor a los príncipes de este mundo, como a Félix cuando Pablo predicó. Les resulta más fácil encarcelar y decapitar al predicador que atar su sermón y silenciar la voz de su reprensión en sus propios corazones. Los testigos de Dios pueden ser eliminados, pero su testimonio a menudo vive y obra mucho después de su muerte. Los profetas de Dios no viven para siempre, pero sus palabras les sobreviven. (2 Ti. 2:9. Zac. 1:5.)

Que los irreflexivos e impíos recuerden esto, y no pequen contra su conciencia. Que sepan que sus pecados "ciertamente los alcanzarán". Pueden reír, bromear y burlarse de la religión por un rato. Pueden exclamar: "¿Quién teme? ¿Cuál es el gran mal de nuestros caminos?". Pueden estar seguros de ello: están sembrando miseria para sí mismos, y tarde o temprano cosecharán una cosecha amarga. Su maldad los alcanzará algún día. Descubrirán, como Herodes, que es malo y amargo pecar contra Dios. (Jer. 2:19).

Que los ministros y maestros recuerden que hay una conciencia en los hombres, y trabajen con valentía. La instrucción no siempre se desperdicia porque parece no dar fruto en el momento en que se imparte. La enseñanza no siempre es en vano, aunque creamos que se desatiende, se desperdicia y se olvida. Hay conciencia en quienes escuchan los sermones. Hay conciencia en los niños de nuestras escuelas. Muchos sermones y lecciones resurgirán cuando quien los predicó o enseñó yace, como Juan el Bautista, en la tumba. Miles saben que tenemos razón y, como Herodes, no se atreven a confesarlo.

2. Qué lejos puede llegar una persona en exponerse a la verdad y, sin embargo, perder la salvación al ceder ante un pecado dominante.

El rey Herodes fue más allá que muchos. Él "temía a Juan". Sabía que era justo y santo. Lo observaba. Lo escuchaba e hizo muchas cosas en consecuencia. Incluso lo escuchaba con gusto. Pero había una cosa que Herodes no haría. No dejaría de adulterar. No renunciaría a Herodías. Y así arruinó su alma para siempre.

Tomemos como advertencia el caso de Herodes. No nos guardemos nada, no nos aferremos a ningún vicio favorito, no escatimemos en nada que se interponga entre nosotros y la salvación.

Miremos a menudo en nuestro interior y aseguremonos de que no haya lujuria o transgresión favorita que, como Herodías, esté asesinando nuestras almas. Prefiramos cortarnos la mano derecha y sacarnos el ojo derecho que ir al fuego del infierno.

3. Con cuánta valentía un fiel ministro de Dios debe reprender el pecado.

Juan el Bautista le habló claramente a Herodes sobre la maldad de su vida. No se excusó alegando que era imprudente, inoportuno o inútil hablar abiertamente. No usó palabras suaves para aminorar la impiedad del rey con palabras suaves para describir su ofensa. Le dijo la verdad, sin importar las consecuencias: "No te es lícito tener a la mujer de tu hermano."

Este es un modelo que todos los ministros deben seguir. En público y en privado, desde el púlpito y en visitas privadas, deben reprender todo pecado manifiesto y dar una advertencia fiel a todos los que viven en él. Puede ofender. Puede conllevar una inmensa impopularidad. Con todo esto, no tienen nada que hacer. Sus deberes son suyos. Los resultados son de Dios. Sin duda, se requiere gran gracia y valentía para hacer esto. Sin duda, un reprendedor, como Juan el Bautista, debe trabajar con sabiduría y amor para cumplir la comisión de su Maestro y reprender a los malvados. Pero es un asunto en el que su carácter de fidelidad y amor está manifiestamente en juego. Si cree que alguien está dañando su propia alma, sin duda debe decírselo. Si lo ama de verdad y con ternura, no debe permitir que se arruine sin previo aviso. Por grande que sea la ofensa presente, a la larga, el reprendedor fiel generalmente será respetado. *“El que reprende al hombre, hallará después mayor gracia Que el que lisonjea con la lengua”* (Prov. 28:23).

4. ¡Con cuánta amargura odian las personas a quien los reprende, cuando se empeñan en permanecer en sus pecados!

Herodías, la infeliz compañera del rey en la iniquidad, parece haberse hundido aún más en el pecado que Herodes. Endurecida y cauterizada en su conciencia por su maldad, odió a Juan el Bautista por su fiel testimonio, y no descansó hasta conseguir su muerte. No debe sorprendernos esto. Cuando los hombres y las mujeres han elegido su camino y han decidido seguir su propio camino perverso, detestan a cualquiera que intente desviarlos. Quieren que los dejen en paz. Les irrita la oposición. Se enfadan cuando se les dice la verdad. El profeta Elías fue llamado "un hombre que turbó a Israel" (1 Re. 18:17). El profeta Micaías fue odiado por Acab quien decía de él: *"yo le aborrezco, porque nunca me profetiza bien, sino solamente mal."* (1 Re. 22:18). Los profetas y predicadores fieles de todas las épocas han sido tratados de la misma manera. Han sido odiados por algunos, y también han sido rechazados. Que nunca nos sorprenda oír que los ministros fieles del Evangelio son objeto de críticas, odio y escarnio. Recordemos más bien que están ordenados para dar testimonio contra el pecado, el mundo y el diablo, y que, si son fieles, no pueden evitar ofender. No es una deshonra para el carácter de un ministro ser detestado por los malvados e impíos. No es un verdadero honor para un ministro ser bien considerado por todos. No basta con considerar las palabras de nuestro Señor: *"¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!"* (Lc. 6:26).

5. ¡Cuánto pecado puede a veces derivar de los festejos y las juergas!

Herodes celebra su cumpleaños con un espléndido banquete. La compañía, la bebida y el baile llenan el día. En un momento de excitación, concede la petición de una joven malvada de que le cortaran la cabeza a Juan el Bautista. Al día siguiente, con toda probabilidad, se arrepintió amargamente de su conducta. Pero el acto ya estaba consumado. Era demasiado tarde.

Esta es una imagen fiel de lo que a menudo resulta de los festejos y las juergas. La gente hace cosas en tales ocasiones, llevada por deseos intensos, de las que luego se arrepiente profundamente. Bienaventurados los que se mantienen alejados de las tentaciones y evitan dar ocasión al diablo. Los hombres nunca saben lo que pueden hacer cuando se aventuran a un terreno inseguro. Las horas tardías, las habitaciones abarrotadas, los espléndidos entretenimientos, la compañía mixta, la música y el baile, pueden parecer inofensivos para muchos. Pero el cristiano nunca debe olvidar que participar en estas cosas es abrir una puerta más amplia a la tentación.

6. Cuánto atrevimiento, audacia y denuedo hay en aquellos que no están dispuestos a someterse a la autoridad que Dios ha puesto sobre sus vidas.

La petición de la hija de Herodías, aprovechando el juramento de Herodes, fue presentada a modo de

exigencia; insistiendo en que, en muy poco tiempo, “ahora mismo,” y en ese mismo lugar y mientras la compañía estaba allí, se ordenara cortar la cabeza de Juan el Bautista y que se la trajeran en un plato. Esto era lo que ella tenía que pedir, e insistió en su cumplimiento inmediato y puntual.

La palabra original que se traduce “plato” significa una bandeja grande donde se coloca la comida. Supondríamos que esta joven debería haberse sentido horrorizada ante tal orden de su madre; pero parece que se sintió satisfecha. Juan, con su fidelidad, había ofendido a toda la familia, y esta era una oportunidad de sobra para que una madre adúltera y su hija disoluto satisficieran su resentimiento.

Era costumbre que los príncipes exigieran que se les trajeran las cabezas de las personas condenadas a muerte. Para ello había dos razones:

- 1) Para satisfacer su resentimiento: para deleitarse con la prueba de que su enemigo estaba muerto; y
- 2) Para cerciorarse de que la sentencia se había ejecutado.

7. Los hijos de Dios no deben esperar su recompensa en este mundo.

Si alguna vez hubo un caso de piedad sin recompensa en esta vida, fue el de Juan el Bautista. Piensen por un momento en el hombre que fue durante su corta carrera, y luego piensen en el fin que tuvo. ¡Contemplan a aquel Profeta del Altísimo, y más grande que cualquier nacido de mujer, encarcelado como un malhechor! ¡Contemplan a aquel aniquilado por una muerte violenta, antes de cumplir treinta y cuatro años; la llama ardiente extinguida; el fiel predicador asesinado por cumplir con su deber; y esto para satisfacer el odio de una mujer adúltera, ¡y por orden de un tirano caprichoso! Ciertamente, aquí ocurrió un acontecimiento, si es que alguna vez hubo alguno en el mundo, que podría hacer que un hombre ignorante dijera: “¿De qué sirve servir a Dios?”

Pero estas son las cosas que nos muestran que un día habrá un juicio. El Dios de los espíritus de toda carne finalmente convocará un tribunal y recompensará a cada uno según sus obras. La sangre de Juan el Bautista, del apóstol Santiago y de Esteban, la sangre de Policarpo, Hus, Ridley y Latimer, aún será requerida. Todo está escrito en el libro de Dios. El mundo sabrá que hay un Dios que juzga la tierra (Is. 26:21; Ecl. 5:8).

Que todos los verdaderos cristianos recuerden que lo mejor está por venir. No nos extrañe que tengamos sufrimientos en este tiempo presente. Es un tiempo de prueba. Aún estamos en la escuela. Estamos aprendiendo paciencia, gentileza y mansedumbre, algo que difícilmente podríamos aprender si tuviéramos lo bueno ahora. Pero aún hay una fiesta eterna por comenzar. Esperemos esto en silencio. Nos compensará por todo (Ro. 8:18).

8. Qué poca recompensa reciben algunos de los mejores siervos de Dios en este mundo.

Un encarcelamiento injusto y una muerte violenta fueron el último fruto que Juan el Bautista cosechó a cambio de su labor. Al igual que Esteban, Santiago y otros, de quienes el mundo no era digno, fue llamado a sellar su testimonio con su sangre. Historias como éstas nos recuerdan que lo mejor del verdadero cristiano está por venir. Su descanso, su corona, su salario, su recompensa, todo está al otro lado de la tumba. Aquí, en este mundo, debe caminar por fe, no por vista; y si busca la alabanza del hombre, se decepcionará. Aquí, en esta vida, debe sembrar, trabajar, luchar y soportar la persecución; y si espera una gran recompensa terrenal, espera lo que no encontrará. Pero esta vida no lo es todo. Habrá un día de retribución. Hay una cosecha gloriosa por venir. El Cielo compensará a todos. Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre son las que Dios ha preparado para los que le aman. El valor de la verdadera fe no se mide por lo que se ve, sino por lo que no se ve. (2 Co. 4:17).

Tarea: Memorizar 2 Corintios 4:17 – “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.”